

## **DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Sofonías 2, 3; 3, 12-13): *Dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre.*

**Salmo** (145, 6c-7.8-9ab.9bc-10) *«Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos»*

**2ª lectura** (1ª Corintios 1, 26-31): *Dios ha escogido lo débil del mundo.*

**Evangelio** (Mateo 5, 1-12a): *Bienaventurados los pobres en el espíritu.*

Pobres y humildes son hoy dos títulos despreciados y marginados, cuando en realidad resultan preferidos de Dios. ¿Qué ha ocurrido con estas dos realidades, humildad y pobreza, para que hayan sido tan devaluadas a los ojos de los que nos llamamos cristianos? Quizás hemos sentido vergüenza de no ser los primeros, los más cotizados en la sociedad, los más aplaudidos en nuestros discursos y hasta nos hemos escondido cuando hemos tenido que sorber algún trago de aflicción, que ha puesto en carne viva nuestra verdadera indignancia.

No se es humilde sólo por el hecho de no poseer nada, pues existen pobres, que se convierten en verdaderos miserables, que se resisten a aceptar su situación y a emprender el camino para salir de ella. Hay ricos y terratenientes que carecen de la más mínima dignidad porque no tienen escrúpulos en acumular riquezas sin prestar atención a los derechos elementales de los desposeídos. También existen ricos desprendidos de sus bienes en cuanto los consideran la base de su acción benéfica en favor de los demás. Los pobres que aceptan su condición y se esfuerzan por alcanzar el máximo grado de dignidad cuentan con el apoyo divino y también con la solidaridad de todos aquellos que trabajan por la paz y la justicia.

Son estos los grandes rasgos que reflejan una situación injusta en la que no es la riqueza ni la pobreza la causa de la injusticia, aunque sí son un síntoma de la falta de la verdad en la valoración y uso de los bienes. El afán desmedido de poseer no es exclusivo del rico, sino del que se gloria en sus posesiones olvidando que todo bien procede de la generosidad de Dios. Esta se hace verdad en el don divino y en la aceptación agradecida de quien lo recibe. Es el orgullo y la vanagloria del que posee creyendo que las riquezas le pertenecen sin más límites que su voluntad, lo que desequilibra y falsifica el valor de los bienes que Dios concede a los hombres.

El profeta Sofonías, siguiendo la línea de sus antepasados en la predicación de la Palabra de Dios, anuncia un futuro de bienestar cuando el pueblo elegido quede reducido, después de la catástrofe del Día de Yahvé, a un pueblo pobre y humilde, que confía en su Dios. Se vislumbra la denuncia de que otros bienes, que sin duda fueron regalo del Señor, habían suplantado el culto y acción de gracias debido al Señor por un tributo personal que acaba haciendo al hombre esclavo de los bienes, que sólo de Dios proceden. El hombre atribuye a su propio esfuerzo y a sus personales cualidades la conquista del bienestar, olvidando que Dios es su Hacedor y por tanto todo lo que el hombre es y consigue con su esfuerzo vale porque Dios le ha hecho y le conserva.

Reconocer ese hecho es sabernos pobres y humildes, es sentirnos necesitados de la ayuda de Dios, es saber que nuestra confianza en Él, no puede ser suplantada por la arrogancia de sentirnos autosuficientes. El hecho de que nosotros dispongamos de bienes suficientes para subsistir, materiales, económicos, sociales, intelectuales, espirituales, etc., no anula nuestra humildad al tener que reconocer que todo, absolutamente todo, es don de Dios. Nuestro título de propiedad no responde a una exigencia nuestra, sino al favor de Dios. La tentación perenne del hombre es sentirse seguro con lo que sólo es caduco, por más poderoso y glorioso que aparezca.

El poder de este mundo no puede suplantar el poder de Dios; la confianza en los bienes creados no puede olvidar que todos ellos proceden y se sostienen desde la acción creadora y providente de Dios. Eso es lo que enseña Jesús a los que se sientan ante Él para aprender. Después de subir con ellos a la montaña y mirando el reflejo del cielo sobre el mar de Galilea, Jesús se ve rodeado de una multitud que necesitan de Él; no le siguen los ocupados por el poder y la riqueza, los que viven alegres y satisfechos con sus posesiones, los que con visiones egoístas e interesadas han conseguido la paz y el bienestar sin esfuerzo, los que saben cómo amañar las sentencias favorables en los tribunales; éstos no necesitan de Dios, se sienten seguros y ricos, creen que ellos tienen lo que se merecen. En cambio, Jesús habla a los pobres y afligidos; a los que sufren y comparten el sufrimiento de los demás; a los que no miran de reojo ni hacen guiños a los jueces, sino que sufren porque no quieren faltar a la justicia ni quieren renegar de su propia cruz; a ellos Jesús les dice que vivan alegres y contentos porque para ellos es el Reino de los Cielos.

San Pablo habla a la comunidad de los cristianos de Corinto y les hace notar que son pocos los sabios, los poderosos y los aristócratas, mientras que la gran mayoría en la asamblea son los humildes, los despreciados por el mundo, los que no cuentan ni pueden hacer valer sus razones. Esa ha sido la voluntad de Dios a la hora de elegir a los miembros de la asamblea. Y a estos, a los pobres, les ha declarado dichosos porque de ellos es el Reino de los cielos.

La pobreza evangélica es algo más que sentir compasión por el pobre y desprenderse de algo en favor de los necesitados. El mensaje evangélico nos exige renunciar a nuestra condición de ricos, de autosuficientes, sobre todo si ello nos impide descubrir nuestra pobreza radical. Esa pobreza, que nos declara faltos de generosidad y sobrados en avaricia, es ciertamente una virtud que deberíamos cultivar para no sentirnos excluidos de la felicidad que promete Jesús en las bienaventuranzas.

¡Pobres de nosotros si no sentimos que sólo con humildad podremos aceptar las Bienaventuranzas!

